



GALDÓS, IBERISTA

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

Como muchos hombres de su generación, Galdós participó del culto iberista extendido en los círculos progresistas de la intelectualidad y la política española de mediados del XIX. Aunque sintiera afección por Portugal y su pasado, no era una honda lusitanofilia lo que impulsaba a don Benito a desarrollar la alianza entre las dos naciones peninsulares. Aun menos deseaba su estrecha unión por razones expansionistas o patriotismo grandilocuente. Profundamente interesado por la obra de Bismarck, comprendió que, a raíz del triunfo de la *realpolitik*, las relaciones internacionales habían experimentado un giro radical en su concepción y soportes, en sintonía con el darwinismo adoptado como credo en casi todas las manifestaciones de la vida finisecular.

En tal coyuntura, los países europeos alejados del pelotón de cabeza de los de su entorno histórico cultural no tenían otra alternativa que la de la unión indesligable con sus iguales. Dentro de tal concepción, los Estados peninsulares ofrecían el arquetipo perfecto. A tal respecto, de manera inconsciente, el escritor grancanario venía a comulgar con el pensamiento darwinista al imaginar que era el más pequeño de entrambos el más urgido en la búsqueda de una cooperación real y efectiva en el terreno económico, militar y diplomático. Ninguna barrera se alzaba en el camino, ya que España no albergaba ningún proyecto asimilador, y menos aún imperialista a costa de su vecino, ni aspiraba a ensanchar su ya minúsculo territorio ultramarino, sacudido en su mayor parte de fuertes estremecimientos.

Era, pues, así un Portugal crecientemente satelizado por su protectora Inglaterra —cuya trepidante carrera colonialista no se deten-

dría ante las áreas poseídas por su tutelada—, el que más se beneficiaría de esta unión.

En las dos ocasiones en que la pluma del escritor canario se ocupó más extensamente de Portugal y sus gentes, en los bienios 1884-84 y 1890-91, los caminos de aquélla estaban obstruidos. Más los mentales que los físicos. Su rápida incursión en la primavera de 1885 por las bellas tierras portuguesas —descritas con vivos colores por una paleta muy cromática— mostrará a la mirada de don Benito cómo las dificultades geográficas de antaño habían sido vencidas por un ferrocarril que enlazaba por tres puntos diferentes a los dos países peninsulares. Pero aunque esta apertura daba escasos frutos en el terreno económico por la debilidad del tráfico comercial entre uno y otro lado del Duero, aún eran menores los que se cosechaban en la esfera cultural, pues en ella el recíproco desconocimiento era absoluto, si bien menor en el diagnóstico de Galdós por parte de su patria. Ni los hombres, ni las ideas, ni las mercancías atravesaban las lindes de unos pueblos que la naturaleza y la historia hermanaban poderosamente. En un lustro las circunstancias no se modificaron; y los lamentos de 1884-85 acerca de este incomprensible divorcio volverían a oírse en los escritos consagrados por el portentoso novelista al Portugal de Carlos I¹.

En los de carácter político de la primera etapa se subrayaba con fuerza la imperiosidad de aunar los esfuerzos y la política de la monarquía de los Braganza con la de los Borbones cara a la amenaza que iba a representar, y representó, la Conferencia de Berlín para su instalación y proyectos africanos. Pues, en efecto, atalayador de los vectores fundamentales de la política exterior hispana en los comienzos del siglo xx, Galdós, años antes de estallar la tensión entre Portugal y Gran Bretaña, veía en África la causa fundamental de una resuelta e incondicional cooperación hispanoportuguesa. Los intereses de los dos países convergían y se anudaban sin fricción alguna en el continente más sometido en las postrimerías del ochocientos a las apetencias de las chancillerías más poderosas. También América, escenario de los principales conflictos y tensiones entre Madrid y Lisboa, en otros tiempos, demandaba su mancomunidad frente al coloso del norte, aprestado ya a un decidido intervencionismo en las repúblicas suramericanas. Aquí eran razones primordialmente culturales las que imponían la alianza ibérica. Tanto en el Nuevo Continente como en el Continente Negro e, incluso, en Europa, la unión peninsular con su reflejo lingüístico y civilizador, alumbraría una considerable realidad demográfica y material y una entidad cultural de primer orden².



Sino que la aguda percepción de la política de su tiempo y su conocimiento de las realidades históricas hacía que esta fe iberista no se inflamase nunca ni en el ánimo ni en la pluma del autor de los «Episodios Nacionales». Sin justificación presente alguna ni tampoco con muchas en el ayer, Portugal vería siempre a Castilla como su principal adversario, sentimiento que serviría de fundente, en sus horas depresivas, a su conciencia política y a su nacionalidad. «El portugués considera al español, sin ninguna justicia ni razón, como el más temible de sus enemigos [...] el sueño de la Unión Ibérica está, en los momentos actuales, tan lejos de realización como hace cincuenta años. Y lo llamó sueño, porque como tal y de los más bellos lo tenemos los españoles; mas para los portugueses es una verdadera pesadilla. Para adquirir en Portugal la más oprobiosa de las impopularidades, no hay sino declararse iberista platónico. La Unión Ibérica, tal como aquí la comprendemos, no significa que ninguno de los países abdique su independencia; significa tan sólo un medio de establecer su acción colectiva en asuntos comerciales y diplomáticos y en todo aquello que no atente a los derechos históricos de cada país. Si los portugueses llegaran a penetrarse de esto, podríamos oponer a las arrogancias de Inglaterra algo más que declamaciones estériles [...] Ni aún en sus mayores desastres admiten los lusitanos la idea de la atenuación de su nacionalidad. Su orgullo se rebelaría contra una unión como la que existe entre Suecia y Noruega, y hacen gala de amar su autonomía y de conservarla en el fondo y en la forma, suceda lo que suceda. Esto da honra y es de por sí solo un signo de que la nacionalidad portuguesa no perecerá nunca»³.

A pesar de su frialdad temperamental y de la ecuanimidad que caracterizase a su labor de periodista y cronista de la España y Europa de los dos últimos decenios del XIX, don Benito no llegaba a disimular por entero la pequeña satisfacción que experimentara al ver cómo de su empecinamiento antiespañol Portugal no cosechaba otra cosa que reveses y frustraciones⁴.

Desde esta óptica observará nada menos que la crisis de 1890 entre Londres y Lisboa a consecuencia, según es bien sabido, de sus antagonismos en el cono sur africano. Su relato circunstanciado inspiró varias de las colaboraciones del autor de «Ángel Guerra» (cuya segunda parte en aquellos momentos surgía de su pluma) en el gran diario bonaerense *La Prensa*, a cuyos lectores brindó un análisis buido e informado de las desvanencias lusobritánicas. Aunque el gran novelista allegó un amplio material provisto por el repaso de algunos periódicos londinenses y peninsulares, el evento sería aprovechado para



explayar su visión de las relaciones internacionales del momento y de la asintonía permanente entre los dos pueblos a lo largo de casi todo su pasado. Un motivo más iba a aumentar su curiosidad por el tema. Ciertas secuelas de la crisis tendrían un sensible impacto en la andadura de algunos sectores opositores al sistema de la Restauración, agitando las aguas de la política española, encalmada por el turno pacífico de liberales y conservadores. Galdós conocía bien, porque formaba parte de su biografía madrileña, los continuos trabajos hechos por el progresismo antidinástico en tiempos de Isabel II y de los republicanos de la Regencia a fin de lograr con la unión de entrambos países el derrocamiento de los Borbones, reemplazados por los Braganza o por la República. Y estaba, por ende, convencido de que al menos los pimargalianos aprovecharían la ocasión para erosionar el trono del futuro Alfonso XIII. Al igual que Valera treinta años atrás en otra pleamar del iberismo, Galdós creía utópica, como veremos pronto, ésta deriva del movimiento, que no conectaba en modo alguno con reivindicaciones populares o arrolladora corrientes de opinión. Pero, en todo caso, su nueva crecida imprimiría cierto dinamismo a unos tiempos que, pasados los años, calificaría de «bobos».

No obstante la anglofilia de don Benito, su condena de la actitud del ministerio Salisbury y de toda clase dirigente británica en la crisis angloportuguesa será absoluta. La razón de la fuerza había primado sobre cualquier otra consideración en el famoso ultimátum de 11 de enero de 1890 dirigido por la Corte de Saint James a la monarquía del recién entronizado Carlos I (1889-1908); ultimátum que, como se recordará, no fue tal sino una nota diplomática, si bien con la misma finalidad y dureza que habría tenido aquél de haberse redactado. En sus aspiraciones Cecilrodhesianas de unir por ferrocarril El Cairo con El Cabo, el Reino Unido había preterido los derechos históricos de Portugal —por razón de descubrimiento—, en los territorios del Zambeze que servían de corredor entre Angola y Mozambique. Todos los incidentes menores que el Foreign Office sacaba a relucir para justificar su conducta carecían de entidad, y, en la mayor parte de los casos, también de fundamento, en opinión de Galdós, que recogía el sentir generalizado en Europa. La fuerza y sólo ella era la *última ratio* de Gran Bretaña, que, como nación «civilizada», buscaba formalmente los títulos de su política en los tratados y acuerdos internacionales. La famosa Conferencia de Berlín de un lustro atrás había consagrado la *realpolitik* colonial, al establecer en las cláusulas de su «Acta General», el espacioso principio de la ocupación efectiva frente al derivado de los «derechos históricos». Galdós, que ya había intuido



toda la trascendencia de dicha reunión en la cumbre en los momentos de sus preparativos, conforme lo atestiguan las crónicas enviadas a la capital argentina en octubre y noviembre de 1884, dedicará ahora algunos párrafos, tan lúcidos como fustigadores, a la cobertura legal que la diplomacia británica buscaba y entraba en el acuerdo firmado en febrero de 1885 en la capital alemana⁵. El mundo competitivo y deshumanizado del comercio y la economía finiseculares imponía su despiadada dinámica sobre cualquier otro tipo de consideraciones. Nunca política y finanzas habían estado más estrechamente ligadas que en los tiempos victorianos, cuando las grandes compañías colonialistas compartían sus consejos de administración con los gabinetes de la Corona; y ante esa aplastante y desapacible realidad habían de rendirse las pequeñas potencias. El orgulloso repudio del Parlamento lusitano del tratado firmado en agosto de 1890 por el gabinete progresista de Luciano José de Castro y el británico en orden a regularizar las fronteras de los territorios en litigio en el África Austral vino a ser la rabieta del débil. Un año más tarde el ministerio del regenerador Antonio de Serpa Pimental aceptó refrendar otro más oneroso para los intereses lusos que el precedente...

Éste era el duro mensaje que cabía extraer, según Galdós, de la tensión entre dos de los estados más unidos, en su trayectoria moderna, de entre todos los europeos. Su corolario no era menos rotundo. Si los gobiernos peninsulares no querían renunciar a su presencia africana, vital para sus intereses por numerosas causas, no les quedaba otra opción que la de la unidad.

Ante esta lección de los acontecimientos recientes, las restantes lecturas que cabría hacer de su proceso poseían menor trascendencia. Adicto aun al sagastismo pero sin prejuicios desfavorables hacia los republicanos, Galdós creía que la crisis del célebre «mapa rosa» y el ultimátum habían puesto de relieve la inconsistencia de las posiciones antimonárquicas. Las algaradas y turbulencias surgidas en la capital del vecino reino en el verano de 1890 como, incluso, las más graves provocadas en Oporto en 31 de enero del año siguiente al calor, particularmente, de los sectores republicanos que enarbolaban la bandera del hipernacionalismo, lo demostraban irrefragablemente. Tales eventos no pasaban de ser la espuma y el sobrehaz de un pueblo conenialmente pacífico, al que su instinto le impulsaba a la cohesión en un trance tan difícil como el que estaba atravesando.

Bien que en algún punto Galdós pareciese encandilado por la libertad de prensa disfrutada en Portugal, las campañas maximalistas contra unos ministerios tachados de entreguismo y los virulentos ata-



ques dirigidos a una Corona calificada de derrotista, no eran más que la obra demagógica de unos intelectuales irresponsables y de unos políticos oportunistas, carentes unos y otros de verdadero patriotismo. Éste obligaba en la ruda coyuntura a la unión sagrada de partidos y fuerzas, sobre todo, dado el adversario con el que se enfrentaba, especializado, a través de todo un siglo, en fomentar las discordias internas en los países cuyos territorios coloniales apetecía o cuya potencia ponía en peligro algunos de los centros neurálgicos del poder británico. Un tanto llamativamente, el gran novelista abandonaba aquí su mucha simpatía por Inglaterra para enfatizar, con un punto de hartazgo, si no se repara en la proclividad de los peninsulares para la escisión fratricida, el clima propicio que se preparaba a sus planes expansionistas con estas querellas intestinas⁶. Hasta aquí y punto por punto, según se recordará, el análisis interno y externo hecho por Galdós de la crisis del ultimátum coincidía con el diagnóstico que, casi simultáneamente, firmara José M.^a Eça de Queiroz en un artículo periodístico de insuperable agudeza⁷.

El clamor antimonárquico levantado por los republicanos portugueses había llegado hasta Madrid, donde sus correligionarios españoles manifestaron su respaldo total a una distinguida embajada de los primeros. Don Benito ponía en guardia contra cualquier medida desestabilizadora de la Regencia de M.^a Cristina que pudiera urdirse al socaire de dicha confraternización. España como Portugal demandaban una política exterior apoyada en una unanimidad que estaría en peligro por la intervención y ligereza de unas minorías desprovistas de auténtico respaldo popular. De otro lado, los iberistas hispanos más encendidos tendrían que rebajar su entusiasmo ante la idea de que tales contactos reforzaban sus ideales. En este extremo, es decir, en su rechazo a cualquier ligamen o vínculo formal riguroso con España, los republicanos del país vecino reaccionarían en clave indeficientemente por completo portuguesa. Nada ni nadie desarmaría sus recelos frente a España.

Aunque ya al margen de su cada vez más espaciadas colaboraciones periodísticas en diarios españoles, el iberismo reclamase la atención de Galdós éste no volvería a manifestar sus opiniones acerca de él con la extensión de sus colaboraciones en el diario argentino cuya corresponsalía madrileña ejerciera durante una década. La llegada de la república a Portugal en octubre de 1910 coincidió con la militancia del autor de «Fortunata y Jacinta» en las filas del republicanismo hispano. Pero por estas fechas el iberismo de corte progresista y liberal había desaparecido casi por completo del panorama intelectual y po-



lítico español, a la espera de verse reemplazado, tiempo adelante, tanto en España como en Portugal, por otro de configuración ideológica bien distinta y situada primordialmente en el plano cultural.

Sin embargo, como se sabe, tampoco este enfoque redundó en serondos frutos para el entendimiento de entrambas naciones. En este fin de milenio, cuando los dos países aportan una innegable contribución al patriotismo europeo, ¿estaremos en el umbral de la realización del sueño galdosiano de un iberismo constructivo y fraterno? «Mas como la verdad se impone al fin, vendrán tiempos en que los dos pueblos hermanos encuentren una fórmula para constituirse en hermoso y soberano grupo, el cual tendrá la fuerza que ninguna de las dos nacionalidades separadas obtendrá jamás»⁸.





NOTAS

1. «Durante siglos, Portugal ha sido tan desconocido para los españoles como España para los Portugueses. Hemos sido dos vecinos de una misma casa, separados por un tabique, y bastante huraños ambos para no cambiar una visita, ni siquiera un saludo. [...] No se da un paso en la historia de España sin tropezar con la de Portugal y su altiva independencia. Pero debemos declarar que habiendo cesado los motivos históricos que pudieran fomentar rivalidades entre ambos países, la frialdad de relaciones que aún subsiste tiene más raíces en el carácter portugués que en el español, quiere decir que aún hoy los portugueses nos quieren a nosotros menos que nosotros a ellos, responden siempre con ecos perezosos y poco entusiastas a nuestras manifestaciones de simpatía. [...] Creo que en esto les llevamos ventaja, pues su literatura contemporánea nos es más conocida que a ellos la nuestra. Y no será aventurado afirmar que les superamos en la aproximación material [...] Repito lo que antes dije: ellos nos quieren menos que nosotros a ellos». *O. c.*, Madrid, 1973, III, 1379-80.

2. *Obras inéditas*, Madrid, 1924, VI, 62.

3. *Ibíd.*, 1923, II, 222-3 y 229.

4. «El interés político suele ser impulsor general de estas campañas. El interés nacional, si es reflexivo, ha de condenarla, porque si Portugal cayera en el error de querer remediar sus desdichas por medio de las revoluciones y del desorden interior, perdería en unos cuantos días los restos todos de su imperio colonial.

Cuando no se tiene fuerza para oponerse a las demasías de un poderoso enemigo, como lo es Inglaterra, se buscan alianzas. Cuando no se quieren las alianzas ni se tiene fuerza propia, no hay más remedio que sucumbir. De nada valen al débil las declamaciones en el momento de ser despojado.

Portugal ha rechazado siempre la única solución para los problemas que bien podrían llamarse de existencia, la alianza sincera con España. Su debilidad es mayor cada día, y sus quebrantos y pérdidas de territorio van en aumento. A pesar de esto los portugueses no aprenden, y cuando se les habla de concertar con España su sistema de mutua defensa, ponen el grito en el cielo. Durante muchos años ha sido Inglaterra para la cancillería portuguesa la *fiel aliada*. Viendo estamos los resultados de



esta fidelidad que concluirá por dejar a la patria de Camoens en los *puros huesos*». SHOEMAKER, W. H.: *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires*. Madrid, 1973, 416. Poco antes de finalizar este mismo año de 1890, volverá Galdós a tocar la misma tecla: «Y en tanto la agitación continúa en Portugal. Ayer [5 noviembre] se han celebrado en Oporto y Lisboa ruidosos *meeting* pero el orden material no se ha turbado, ni creo yo se turbará, aunque la prensa radical continúa *comiéndose los niños crudos* un día y otro día. La mayoría del pueblo portugués ha de comprender con segura perspicacia que una revolución en Portugal equivaldría al triunfo absoluto de Inglaterra en la contienda, y entonces no habría Tratado seguramente; pero la *fiel aliada haría mangas y capirotos* de las colonias portuguesas del África». *Ibid.*, 417. A más de medio siglo de distancia, en cuyo decurso se ha enriquecido notablemente la bibliografía sobre el ultimátum, conserva todo su vigor y sagacidad el planteamiento de la primera gran obra de PABÓN, J.: *La revolución portuguesa (De don Carlos a Sidonio Paes)*. Madrid, 1941, 18-20 y, sobre todo, 192-94. Más recientemente un joven estudioso español, afortunadamente especializado en la historia del país vecino, ha realizado una excelente síntesis de esta coyuntura lusitana en la introducción de una sólida monografía. TORRE GÓMEZ, H. de la: *Na encruzilhada da grande guerra Portugal-Espanha 1913-1919*. Lisboa, 1980; y, en fin, los siempre sugestivos trabajos de J. Medina, brillante eslabón de una escuela iniciada por el magisterio de Joaquim Verissimo Serrao son provechosos para el completo enmarcamiento del tema.

5. «¿Y cuál será la suerte de Portugal en estos líos? ¿de Portugal, a quien la ciencia geográfica debe tanta parte de sus conquistas? Si España es la madre de América, Portugal es la madre de África. Escrita está en lengua lusitana la historia de este continente, como lo declaran los nombres de sus ríos, de sus costas, de sus islas. De la misma manera, toda la geografía americana habla el castellano del siglo xv, desde California a la Tierra de Fuego. ¿Y Portugal, cuyos grandes navegantes descubrieron, exploraron, demarcaron y dieron nombre a estas tierras, está destinada hoy a presenciar pasivamente cómo son menospreciados sus derechos, cómo sus territorios son usurpados por asociaciones de ávidos comerciantes y cómo, en fin, hasta las nombres de bautismo, que declaran el abolengo lusitano de las más bellas porciones de África, son borrados del mapa para sustituirlos con impronunciables y antipáticos términos!

De cualquier manera que se considere, esto es injusto, la incuria de nuestro vecino, como la nuestra debe tener correctivo; pero no el desproporcionado castigo de un despojo absoluto.

Aquí se ve que la fuerza es, aun en estos tiempos de progreso, el único derecho eficaz en los destinos del mundo. Somos débiles, no digamos más. Nuestros derechos quedan reducidos a cero con esta secreta y decisiva afirmación. Somos débiles. Hoy, como en tiempos de Carlos V, el débil no tiene nunca razón; el fuerte lleva en su espada la antorcha que esclarece todas las dudas en materia de posesión. Alemania, omnipotente por tierra; Inglaterra, poderosísima en los mares, sintetizan el moderno *jus*: ellas son el *alfa* y el *omega* de la historia contemporánea». *Obras inéditas*, Madrid, VI, 1924, 59-60.

6. «Pero hay que tener en cuenta, y parece que los propios manifestantes se han dado esta consigna, que no conviene hablar una palabra de Unión Ibérica, porque si tales palabras se pronuncasen, nuestros vecinos se enojarían de súbito contra nosotros, y nos arrojarían a la cara todas las lindezas que hoy dicen contra los ingleses. La manifestación ha de ser puramente platónica, ensalzando mucho las grandezas de

Portugal, los bríos de su debilidad, midiéndose en desigual lucha con la fuerza; pero no se les debe ofrecer ninguna clase de ayuda por nuestra parte, porque en tal caso se acabarían pronto las amistades». SHOEMAKER, W. H.: *Las cartas desconocidas...*, 421.

7. O. C., Madrid, 1960, III, 349-358.

8. «A crise do “ultimatum”, em 1890, foi decisiva para a configuração prática do movimento republicano. Acentuou por un lado, o seu carácter de força de choque, eminentemente destrutiva, com o natural prejuizo para uma elaboração coerente e definida de programa, por outro lado, galvanizou um unânime e acentuadíssimo sentimento nacionalista e anglófono, incorporando-o na sua própria propaganda». TORRE GÓMEZ, H. de la: *Na encruzilhada...*, 20.

